



# Ashley Flowers Aquí todos somos buena gente



DESTINO

Aquí todos somos  
buena gente

Ashley  
Flowers

Traducción de  
Pilar de la Peña Minguell

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1668

© Ashley Flowers, 2022  
© por la traducción del inglés, Pilar de la Peña Minguell, 2024  
© Editorial Planeta, S. A., 2024  
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

Primera edición: octubre de 2024  
ISBN: 978-84-233-6611-8  
Depósito legal: B. 14.096-2024  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: CPI Black Print

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



# I

## Krissy, 1994

Los residentes de Wakarusa, en Indiana, poseían la habilidad de tejer chismes más rápido de lo que una araña teje su tela. Cada vez que uno de los suyos hacía algo que no debía (como cuando a Abby Schmuckers la pillaron robando en el bazar, cuando el crío de los Becker dejó el club de voluntarios de la 4-H, cuando Jonah Schneider se quedó dormido en la iglesia y empezó a roncar...), la cadena de chismorreos de Wakarusa sacudía sus mandíbulas y masticaba tantísimo el dato que, cuando terminaba escupiéndolo, «la verdad» se había deformado y resultaba irreconocible, del todo distorsionada por «la anécdota». Y como los habitantes de Wakarusa eran devotos, cumplidores de la ley y temerosos de Dios (con D mayúscula), «la anécdota» siempre se adornaba de perlas de ternura con las que pulir sus bordes afilados: «Bendita sea, pobre, pero...», «Rezaré por ellos, porque ¿te has enterado de que...?», «Que Dios se apiade de sus almas...».

Incluso antes de que ocurriera todo, Krissy Jacobs ya entendía el poder de la rumorología de Wakarusa, razón por la que evitaba a toda costa caer

en sus fauces. Iba a la iglesia cada domingo, vestía a su hija de rosa y a su hijo de azul, llevaba los zapatos adecuados y se aseguraba de que su marido tuviera las corbatas adecuadas. No era porque creyera que nada de eso importase, sino porque, sencillamente, tenía muchísimo que perder. Aquella vida (la familia, la granja y la casa) no era lo que ella quería, ni se le acercaba siquiera, pero era más de lo que había tenido nunca, así que se aferraba a ello con toda su alma.

El día en que todo se le escapó de las manos, Krissy se levantó al oír el despertador, a las cinco de la mañana, igual que lo había hecho todas las mañanas de su vida de esposa de granjero. Bajó de la cama con sigilo para no molestar a Billy, aunque el despertador sonara para él también. Luego salió del dormitorio a oscuras y bajó a la cocina por la antigua escalera de madera.

Vio la pintada de la pared antes de pisar siquiera el último peldaño, y se sobresaltó. Escritos con letras inmensas de color rojo sangre había tres mensajes espantosos: «QUE LE DEN A TU FAMILIA», «ESA ZORRA HA MUERTO» y «LO TENÉIS BIEN MERE-CIDO».

El corazón le aporreaba el pecho tanto que le dolía. Su primer pensamiento, extraño e inoportuno, fue que aquellas palabras resultaban muy... intrusivas allí, en sus paredes viejas pero de un blanco inmaculado, en aquella cocina que se caía a pedazos pero, aun así, seguía siendo preciosa. Aquellas palabras feas y agresivas no encajaban en la pintoresca Wakarusa, de Indiana, repleta de personas buenas y

pías. Krissy sabía que, cuando el incidente llegara a oídos de sus convecinos, esas palabras marcarían a todos los miembros de su familia para toda la vida.

Se quedó plantada en el último escalón, temblando. Aunque todavía no había salido el sol y ella aún estaba atontada, tuvo claro que esas palabras auguraban algo terrible. «ESA ZORRA HA MUERTO», volvió a leer Krissy, y esa vez la vergüenza tiñó el pánico. Allí estaba pasando algo terrible y a ella solo se le ocurría pensar: «¿Qué van a decir los vecinos?».

## 2

### Margot, 2019

Margot aparcó a la puerta de la casa de su tío Luke, apagó el motor y se dejó caer sobre el respaldo del asiento. Por la ventanilla del copiloto contempló la vivienda achaparrada estilo rancho de los años setenta y sintió un escalofrío. No había pasado la noche en Wakarusa, la localidad en la que se había criado, desde hacía veinte años, cuando ella tenía once.

La población natal de Margot se llamaba originalmente Salem, pero le habían cambiado el nombre en la década de 1850 para evitar la confusión con el Salem de Indiana. La etimología del nuevo nombre se había perdido en la historia, pero, según la sabiduría popular, el «Wakarusa» de los nativos americanos podía traducirse por «de barro hasta la rodilla». Tanto el nombre antiguo como el nuevo le parecían a Margot de una asombrosa idoneidad. El uno evocaba el asesinato de niñas inocentes y el otro insinuaba lo difícil que era salir de allí. Aunque, para Margot, el barro eran más bien arenas movedizas: cuanto más te resistías, más te hundías. Durante años había creído escapar y, sin embargo, allí estaba otra vez.

Pero no era el pueblo lo que le tenía el corazón desbocado en esos momentos, sino qué versión de su tío se iba a encontrar esa noche: la de verdad o la mala.

Inspiró hondo, agarró las bolsas del asiento de atrás y enfiló el caminito. En el rellano de la entrada de la casa de su tío había una bombilla que, encerrada en una jaula de alambre, alumbraba el espacio con una luz titilante y amarillenta. El repiqueteo de las polillas al chocar con ella le recordó los veranos de su infancia allí, días largos y calurosos de rodillas desolladas y pantorrillas arañadas en los maizales. Levantó un puño y llamó.

Al cabo de un momento, Margot oyó el chasquido de un cerrojo y luego el chirrido de una puerta que se abría despacio, apenas. Se le desmontó la falsa sonrisa.

—¿Tío Luke...?

Por la ranura oscura del umbral estudió los cambios que su tío había experimentado desde la última vez que lo había visto. Las arrugas de la cara parecían habersele acentuado en los meses transcurridos y llevaba el pelo, aún negro, inusualmente despeinado. Una cosa que no había cambiado, sin embargo, era el pañuelo rojo del cuello, el que ella le había regalado en Navidad hacía veinticinco años y que aún se ponía a menudo.

Él la miró por encima.

—¿Rebecca...?

Margot tragó saliva. Aunque compartía algunas semejanzas superficiales con la difunta esposa de su tío, como el pelo castaño y la complexión media,

Margot estaba acostumbrada a que Luke la llamara por el nombre de la otra mujer, pero la fastidiaba igual.

—Soy Margot, ¿te acuerdas? Tu sobrina..., ¿la hija de Adam?

Esa era la parte que se le retorció en el estómago. Con «la hija de Adam» no quedaba del todo claro que él, Luke, era más padre para ella de lo que lo había sido el suyo. Tampoco «sobrina» reflejaba que, detrás de su difunta esposa, Margot había sido su persona favorita y ella le correspondía. Pero era preferible empezar por poquito, avivarle la memoria, y el resto normalmente llegaba solo.

—Margot... —repitió su tío, como si pronunciase aquellas sílabas por primera vez.

—Ese es mi nombre, pero tú sueles llamarme «niña» —contestó Margot con alegría y serenidad.

Luke parpadeó una vez, dos veces, y entonces por fin pareció ver con claridad, como si alguien se hubiera acercado a quitarle con la mano las telarañas de los ojos.

—¡Niña! —Abrió del todo la puerta y le tendió los brazos—. ¡Madre mía, has venido! ¿Cómo has tardado tanto? —Margot forzó una risa mientras se precipitaba a los brazos abiertos de su tío, aunque se le había hecho un nudo en la garganta. No había conseguido habituarse al temor de terminar perdiéndolo para siempre—. Perdóname, niña —le dijo cuando se soltaron—. Con la edad se me olvidan las cosas —añadió quitándole importancia, como si olvidarte de tu familia fuera tan inocuo como perder las llaves; cierto bochorno, sin embargo, le ensombrecía la mirada.

—No pasa nada —contestó ella con un manotazo al aire.

—Bueno, ¿cómo te ha ido? Ay, trae, deja que te ayude con esas bolsas.

Margot iba a protestar, pero Luke ya estaba amontonándose las bolsas en los brazos. A sus cincuenta años, aunque la cabeza le fallara, parecía tan fuerte como siempre. Cuando él se dio la vuelta, ella echó un vistazo rápido a la casita de su tío y se le cayó el alma a los pies. Era la primera vez que pasaba por allí desde que la mujer de Luke, Rebecca, había muerto de cáncer de mama el año anterior. Se sintió muy culpable por no haber ido antes. Por todo el suelo del salón había torres inclinadas de periódicos; la mesita de centro estaba repleta de platos y vasos sucios, y, desde donde estaba, a la puerta de la casa, veía perfectamente la capa de polvo que cubría la librería de obra y el viejo televisor. La cocina, al fondo a la derecha, estaba peor aún. El fregadero y la encimera rebosaban de montañas de platos en tenguerengue, cuencos apilados sobre tazas y manchas de comida reseca por todas partes. La colección de frasquitos de pastillas amontonados junto al teléfono fijo era de lo más inquietante. Habría más de una docena, algunos vacíos, otros volcados. Uno grande estaba lleno de pastillas diversas, unas blancas redonditas mezcladas con otras alargadas de color verde claro. Margot ignoraba cuánto de aquello se debía a su enfermedad y cuánto al hecho de que acabara de enviudar.

—¡Jesús, cuántas cosas has traído, niña! —exclamó Luke, cargado con las bolsas—. Es como si pensaras mudarte aquí.

Margot lo miró para ver si bromeaba, porque, en efecto, se mudaba allí, pero solo detectó en sus ojos el brillo de la provocación, no el de la complicidad. Rio sin ganas.

—Ya me conoces —contestó ella—. Confiaba en poder instalarme en el despacho —añadió, señalando con la cabeza al final del pasillo, al ver que él no se movía.

—Claro, claro —dijo él, cayendo de pronto en la cuenta.

El despacho de sus tíos nunca se había usado mucho, porque los dos habían trabajado en South Bend, Luke como contable y Rebecca a tiempo parcial en un museo de arte. Durante los quince primeros años de su matrimonio, el cuarto estaba pintado de un amarillo alegre, con una cuna eternamente vacía en un rincón. Luego, cuando Rebecca cumplió los cuarenta y se dio por vencida, pintó las paredes de gris. Compraron un escritorio y un futón y, que Margot supiera, el cuarto solo lo usaba su tío, al que a veces le gustaba jugar al solitario en el ordenador antes de acostarse.

Volver a ver aquel cuarto le produjo a Margot una punzada en el pecho. Estaba claro que su tío, en momentos ocasionales de lucidez, había empezado a preparar la estancia para su visita, aunque daba la impresión de que había dejado la mayoría de las tareas a medio hacer. El futón estaba abierto y la sábana bajera ajustable enganchada en tres esquinas. Al lado, en el suelo, había dos almohadas sin funda. Tendría que buscar por allí una manta y un par de fundas de almohada.

—Perfecto. Gracias, tío Luke. —Vaciló un segundo—. Me he venido directa desde el trabajo, así que estoy muerta de hambre. ¿Tú has comido?

Después de evaluar el contenido de la nevera, casi todo condimentos y casi todos caducados, fue a por una pizza a la única pizzería de Wakarusa y se sentaron a la mesa de la cocina con un par de vasos de agua del grifo y sus porciones encima de trozos de papel de cocina en vez de platos, porque no había ninguno limpio. Con las llamadas telefónicas de los últimos meses, Margot había descubierto que las conversaciones con su tío iban mejor cuando era ella la que hablaba, así que fue haciendo comentarios entre bocados, mientras anhelaba aquellos días, no hacía mucho, en que, si estaban los dos en la misma habitación, su tío y ella podían charlar durante horas.

—Gracias otra vez por dejar que me aloje aquí —dijo Margot, mirándolo de reojo a la cara.

Lo que, en realidad, quería decir era: «¿Sabes a qué he venido? ¿Recuerdas tu diagnóstico? ¿Cómo lo llevas?». Pero cada vez que ella sacaba a colación la enfermedad de Luke, a él se le endurecía la voz. Margot detectaba la emoción que se escondía debajo: su tío estaba perdiendo la cabeza siendo aún jovencísimo y eso lo aterraba. Así que evitaba el tema. Cuando ella se autoinvitó a mudarse allí, le había dicho que necesitaba un cambio de aires y quería tenerlo más cerca, mencionando una «nueva flexibilidad laboral» inventada como ocasión aparentemente buena para hacerlo.

—De nada —contestó Luke mirando la pizza—. Sabes que aquí siempre eres bienvenida.

—Tú acuérdate de que estoy encantada de ayudar, así que si necesitas algo...

Luke sonrió, pero tenso.

—Gracias, niña. —Margot iba a decir algo más, pero él cambió de tema enseguida—. Oye, ¿qué tal Adam?, ¿y tu madre?

Margot reprimió un suspiro. Habían saltado de un asunto peliagudo a otro y no sabía cómo salir de allí. Hasta hacía seis meses, nunca había dudado en contarle a su tío la verdad, ni sobre su hermano ni sobre ninguna otra cosa, pero tras el diagnóstico parecía frágil y, por lo que ella había investigado, esa fragilidad podía dar lugar a cambios de humor y arrebatos. De momento, solo le había pasado unas cuantas veces por teléfono, pero le daba miedo que Luke perdiera los papeles.

—Pues...

—¿Sigue siendo un borracho que se niega a buscar ayuda profesional? —Margot soltó una carcajada de sorpresa—. A ver, que igual estoy perdiendo la cabeza, pero eso no se me olvida —dijo, y ella rio aún más.

No es que le hiciera gracia que su padre le tuviera más cariño al whisky que a su único hijo y a su única hija, pero aquel era el tío Luke al que ella echaba de menos. La única persona en un pueblo de gente falsa que siempre decía la verdad. La persona que le hacía sentirse comprendida sin que tuviera que esforzarse. La persona cuyo sentido del humor era idéntico al suyo, la que una vez la había hecho reír tanto mientras daba un sorbo al refresco que el líquido le había salido por la nariz. Además, la ausencia

del afecto de su padre, o el de su madre, ya puestos, no era nueva para Margot. El hogar de su infancia había estado lleno de discusiones a voces, salpicadas de vasos que se estampaban contra las paredes. Por eso se llevaba tan bien con Luke. Todos los días, al salir de clase, se iba a casa de su tío en vez de a la suya. Los fines de semana se quedaba a dormir allí. Se habría mudado allí con Rebecca y con él, se lo ofrecieron muchas veces, pero a su madre le preocupaba lo que fuera a decir la gente.

Su reacción había sido similar hacía unas semanas, cuando Margot le dijo que volvía a Wakarusa.

—¿Qué le vas a decir a la gente cuando te pregunten por qué has vuelto? —le respondió su madre.

—¿A qué te refieres? Les voy a contar la verdad: que me quedo en casa de Luke para ayudar.

—Eso no es asunto de nadie, Margot. De todas formas, tu padre dice que no será para tanto. Luke es su hermano pequeño.

—¿Qué sabrá papá? ¿Cuándo fue la última vez que hablaron..., en 2010?

—Si tanto te preocupa, ¿por qué no contratas una enfermera o algo así? No querrás volver a ese pueblo triste en el que ocurrió aquello tan horrible...

Margot se apartó el teléfono de la oreja para mirar incrédula la pantalla.

—¿Una enfermera? ¿Con qué dinero?

—¡Ay, señor, Margot! ¡Mira que eres borde a veces! —Cuando volvió a hablar, lo hizo en un susurro como si todo aquello la avergonzara—. Tienes un trabajo. Algo se te ocurrirá.

Volviendo al presente, con Luke, Margot dijo:

—Y mamá está como siempre: desvariando.

Luke rio.

—¿Con qué desvaría Bethany esta vez?

—Por lo visto piensa que soy millonaria porque escribo para un periódico.

—Un momento..., ¿no eres millonaria? —Margot sonrió—. ¿Qué tal en el periódico, por cierto?

Margot agachó la mirada.

—Bien, sí. —Le fastidiaba ocultarle cosas a su tío, pero no soportaba la idea de hacerlo sentir culpable de algo que él no podía controlar. No podía contarle que hacía seis meses que su trabajo se veía resentido porque ella tenía la cabeza en Wakarusa, con él, en vez de en Indianápolis, con su trabajo. Tampoco podía contarle que su editora había accedido muy a regañadientes a que Margot teletrabajara—. De verdad —añadió, con más entusiasmo esa vez—. Me va fenomenal.

Pero, cuando levantó la vista, su tío la miraba raro. Sus ojos iban de la porción de pizza que tenía en la mano a la cara de Margot, llenos de extrañeza.

—¿Rebecca...?

Margot tragó saliva.

—Soy yo, tío Luke: tu sobrina Margot.

Él parpadeó un segundo, y luego relajó el gesto y asomó a su rostro una sonrisa.

—¡Niña! ¡Cuánto me alegro de que estés aquí!

—Sí —asintió ella—. Y yo.

Esa noche, después de que Luke se fuera a la cama, Margot lavó platos hasta despejar una de las pilas

del fregadero, y después se sentó a la mesa de la cocina e hizo una lista. Debía hacerse una copia de la llave de la casa de su tío y organizarle las medicinas. Debía limpiar la cocina y el salón, y comprar papel higiénico y papel de cocina, porque, al parecer, casi no le quedaba de ninguno de los dos. Había leído en algún sitio que poner etiquetas en las cosas, como lo que había en los armarios de la cocina, le ayudaría a moverse por la casa cuando le fallara la memoria, así que también quería hacer eso. Además, con todo el tiempo que le había robado la mudanza a Wakarusa, llevaba una semana de retraso en el trabajo y debía escribir unos cuantos artículos que no fueran una basura absoluta. Añadió a la lista: «Hacer tu trabajo». Luego, al final, puso una notita para acordarse de llamar al tipo que le iba a subarrendar el piso de Indianápolis. Le había parecido inquietantemente indeciso la última vez que hablaron, y necesitaba que se mudara ya y le hiciera el primer pago porque, de lo contrario, debería un mes entero de alquiler de un sitio en el que ya no vivía. Solo mirar la lista la agotaba, pero al día siguiente tendría más tiempo.

Sin embargo, al día siguiente, el pueblo entero estaba alborotado con lo ocurrido (la noticia había cruzado Wakarusa como una nube de tormenta) y no consiguió avanzar gran cosa.

Margot notó que algo no iba bien a la mañana siguiente en la farmacia. Había dejado a Luke hacía unos minutos tomándose un café y haciendo los cru-

cigramas de un cuadernillo que ella le había traído de Indianápolis, porque había leído que podían ayudarlo a estar más lúcido. La campanilla de la puerta del establecimiento anunció su llegada, con lo que, aunque no había nadie al otro lado del mostrador cuando entró, dio por supuesto que el farmacéutico no tardaría en aparecer. Se quedó plantada junto al mostrador, paseando los dedos distraída por las bolsas de pastillas para la tos del expositor, mientras sonaba de fondo un televisor.

—¿Perdone...? —preguntó al ver que pasaba un minuto y no salía nadie—. ¿Hola...? —Esperó. Nada—. ¿Hooo-la...?

Por fin oyó movimiento en la parte trasera, y un hombre asomó la cabeza entre dos lineales.

—¡Ah! —dijo, poniéndose las gafas que llevaba colgadas del cuello con una cadenita. Se las instaló sobre el puente de la nariz, frunció los ojos y se acercó a toda prisa—. Perdona, que estaba viendo las noticias, ¿sabes? Qué horror lo que ha pasado, ¿verdad? —Pero, antes de que Margot pudiera responder, el hombre echó la cabeza bruscamente hacia atrás como si acabara de verla por primera vez—. No suelen venir desconocidos por aquí.

Margot sonrió.

—He venido a por las medicinas que tiene prescritas mi tío. —Se puso la mochila delante para poder sacar de uno de los bolsillos los dos frasquitos de color naranja. Antes había repasado el lío de frasquitos que Luke había acumulado y, para alivio suyo, había visto que la mayoría eran del mismo medicamento, de distinto mes. Los había organizado

todos en tres recetas permanentes, y a dos de ellas ya les tocaba reposición. Una parecía una estatina; otra era para la tensión, y otra, para el azúcar en sangre.

—¿Quién es tu tío? —preguntó el farmacéutico.

—Luke Davies —contestó Margot, dejando los dos frasquitos en el mostrador.

El hombre enarcó muchísimo las cejas.

—¿Tú eres la sobrina de Luke y de Rebecca? O sea, que eres Margot.

Su expresión era más de curiosidad que de simpatía, pero ella le sonrió de todas formas.

—Esa soy yo.

—Siento mucho lo de tu tía, cielo. Ese cáncer fue fulminante. Y, madre mía, hace siglos que no veo a tus padres. Buena gente, eso sí, buena gente. ¿Cómo están?

A Margot se le tensó la sonrisa, pero solo un poco. Sabía que aquello iba a pasar desde el momento en que había tomado la decisión de volver. La mirada de incertidumbre respecto a Luke y Rebecca; la adúladora por sus padres. Sus progenitores habían sido los residentes perfectos de Wakarusa hasta que se fueron; algo que, de puertas afuera, se debió al trabajo interesantísimo que le habían ofrecido a su padre en Cincinnati, pero, en el fondo, era para que pudiera ingresar en un centro de desintoxicación. No solo no funcionó, sino que lo volvió un resentido y más cruel que antes.

—Están fenomenal —le dijo al farmacéutico—. ¿Podría aclararme un poco para qué son estos medicamentos? He oído hablar de las estatinas, pero ¿son para el corazón o para el colesterol?

Margot esperó un tiempo que le pareció excesivo para que el hombre rellenase dos simples frasquitos de pastillas y, cuando volvió, lo notó azorado y agobiado, y vio cómo fruncía el ceño distraído mientras le grapaba la bolsita blanca. Y luego, cuando se iba, se cruzó con una mujer, con el móvil bien pegado a la oreja. La señora iba tan absorta en su conversación que no pareció ver siquiera a Margot, pero justo antes de que la puerta de la farmacia se cerrara a su espalda, la oyó decir: «Ya, ya te lo he dicho. Los Jacobs son inocentes».

Margot volvió de pronto la cabeza para mirar a la mujer por el escaparate, extrañada. A lo mejor había oído mal. Probablemente tenía el nombre en la cabeza porque había regresado después de tanto tiempo. Era imposible estar en Wakarusa y no pensar en los Jacobs. Además, la mujer parecía nerviosa, y lo de los Jacobs había ocurrido hacía veinte años. Aun así, a Margot le dieron ganas de volver a entrar y preguntarle a la mujer de qué hablaba, pero la idea de participar por voluntad propia de la rumorología de aquel pueblo se lo impidió. Lo miraría en el móvil.

Ya en el coche, lo buscó en Google y no encontró nada, así que se lo quitó de la cabeza. De todas formas, ya tenía bastantes cosas en que pensar.

El resto del día se le fue limpiando. Fregó los platos, restregó la encimera y llenó un saco de basura con latas de refrescos, toallitas de papel usadas, envoltorios de comida... Cuando entró en el cuarto de su tío esa tarde, mientras él iba a dar un paseo, tuvo que taparse la nariz y la boca con la mano. Las sába-

nas olían a rancio y dejaban un hedor denso a ser humano mezclado con sudor y orina. Ni se molestó en lavarlas; las tiró y compró unas nuevas en el Walmart de la localidad próxima de Elkhart.

Estuvo tan distraída, de hecho, que se olvidó del incidente de la farmacia hasta que entró en Shorty's Bar & Grill esa noche a por algo de cenar para su tío y para ella. En algún momento tendría que poner fin a la dieta de pizza y hamburguesas de su tío, pero aún no había podido ir al súper, así que mientras tanto tendría que conformarse con comida para llevar.

El restaurante estaba abarrotado; las mesas, llenas de gente con las cabezas inclinadas, charlando animadamente. En la tele del rincón se emitía un canal de noticias, pero el alboroto colectivo ahogaba lo que fuera que decían los presentadores. Margot se acercó a la barra, atestada de clientes, e intentó llamar la atención de la camarera, pero la mujer estaba centrada en el tipo que tenía enfrente, con los brazos cruzados y los ojos muy abiertos, asintiendo con la cabeza mientras el otro hablaba gesticulando mucho con la cerveza en la mano.

—¡Justo lo que he pensado yo siempre! —le oyó decir.

—Perdona... —dijo Margot, haciéndole una seña a la camarera.

La mujer que estaba al otro lado de la barra se volvió a mirarla.

—Dame un segundo, Larry —le dijo al hombre, y se acercó a ella—. ¿Qué te pongo, cielo? —le preguntó a Margot.

Aparentaba cincuenta años, pero Margot sospechaba que tendría unos cuarenta pelados. Su piel era como cuero desgastado y su pelo tenía la consistencia de la paja.

—Hola. Quiero un pedido para llevar...

—¡La hostia! —exclamó la camarera tan de repente que sobresaltó a Margot—. ¡Un pedido para llevar para Margot! Porque eres Margot Davies...

Con el rabillo del ojo vio una hilera de cabezas volverse hacia ella. Hizo un esfuerzo por transformar la cara de susto en una sonrisa. El farmacéutico no había perdido el tiempo; hacía menos de siete horas que le había dicho quién era.

—Hola.

—¿Qué tal tus padres? ¡Uf, hace una eternidad que no veo a Adam y a Bethany! —Se puso de pronto mohína—. Los echo de menos. Dales recuerdos de parte de Linda.

Margot asintió.

—Claro, claro.

—¡Madre mía! —exclamó Linda. Luego bajó la voz una octava y añadió—: ¿Has venido por esto?

—Eeeh... —Margot meneó la cabeza—. ¿Que si he venido por qué?

—Pues por la noticia, claro. Eres periodista, ¿no?

—Sí... —La descolocaba de tal manera que aquella desconocida supiera tanto de ella que le estaba costando seguir la conversación—. ¿Qué noticia? ¿Qué está pasando?

Linda la miró espantada.

—¿Es que no lo sabes?

Se giró en busca de algo y, por fin, posó los ojos

en el mando de la tele, que había dejado al lado de un tarro abierto de guindas en conserva. Lo agarró y apuntó al televisor. En la pantalla fue rellenándose la barrita del volumen.

«... en un suceso reciente que ha tenido lugar en Nappanee, en Indiana —estaba diciendo un presentador. El nombre de la localidad le produjo una punzada en el pecho a Margot. Nappanee estaba a tiro de piedra de Wakarusa. Si cogía el coche ya, podía estar allí en menos de quince minutos—. A primera hora de esta mañana —continuó el presentador—, los padres de la niña de cinco años, Natalie Clark, han denunciado su desaparición. Según su madre, Samantha Clark, la niña ha desaparecido en un parque infantil muy concurrido de la zona. La señora Clark estaba dándole el pecho a su hijo pequeño, un bebé, cuando alzó la mirada para ver qué hacían Natalie y su otro hijo, y la niña ya no estaba.»

Apareció en pantalla una foto de la niña desaparecida, todo dientes y pelo castaño alborotado, y de pronto todo encajó: la cara de angustia del farmacéutico, la llamada telefónica de la mujer y su mención a los Jacobs... Margot, después de todo, no había oído mal. Y entonces supo lo que Linda le iba a decir incluso antes de que se volviera para decírselo.

—Ha ocurrido otra vez. Lo de January Jacobs. Su asesino ha vuelto.